

ASUNTOS DE ESTA OBRITA.

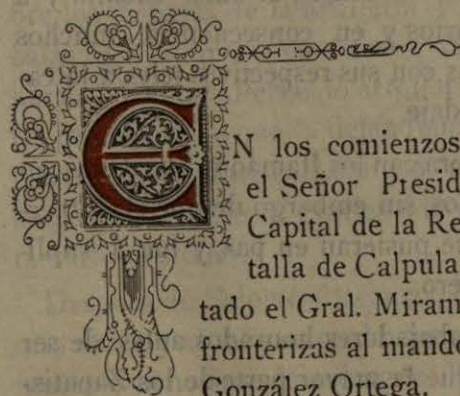
- Prólogo.*— ¡Ayer como ahora!
- Capítulo I.*— *El debut de un bandido.*
- Capítulo II.*— *Un rapto por cuenta ajena.*
- Capítulo III.*— *Los imitadores de "Luigi Vampa."*
- Capítulo IV.*— *Bandidos y Sátiros*
- Capítulo V.*— *"Los Plateados" como Auxiliares en la guerra con Francia.*
- Capítulo VI.*— *"Los Plateados" matan cien soldados imperialistas.*
- Capítulo VII.*— *Un adulterio que divide á "Los Plateados" en "Charros" y "Catrines."*
- Capítulo VIII.*— *Entra en campaña Don Rafael Sánchez, de Mapaxtlán.*
- Capítulo IX.*— *Mapaxtlán, pueblo pequeño, que se hace grande y fuerte, defendiéndose de los bandidos.*
- Capítulo X.*— *Mueren los temibles jefes de "Los Plateados." Su extinción.*
- Capítulo XI.*— *Epoca actual de bandalismo, ó cincuenta años después, ¡comparaciones! y modo de exterminarlo.*

OBRA ESCRITA POR LAMBERTO POPOCA Y PALACIOS.



PROLOGO.

**Consecuencias del licenciamiento de las fuerzas
auxiliares liberales, en 1861.**
¡Ayer, como ahora!



EN los comienzos del año de 1861 ocupó el Señor Presidente D. Benito Juárez la Capital de la República, después de la batalla de Calpulalpan en la que fué derrotado el Gral. Miramón por las fuerzas liberales fronterizas al mando del General Don Jesús González Ortega.

Una de las disposiciones del nuevo gobierno fué el licenciamiento de las fuerzas auxiliares de los Estados que habían cooperado al triunfo de la Constitución; pero no con los miramientos y atenciones con que actualmente se han licenciado á las fuerzas que ayudaron al triunfo del Sr. Madero; nó. Aquellos valientes no recibieron cuarenta pesos cada uno en cambio de una carabina vieja, ni los despidieron ofreciéndoles promesas ilusorias. No había millones en las reservas del tesoro nacional para derrocharlas; había necesidades; y el gobierno, que juzgaba que los soldados auxiliares habían cumplido con su deber defendiendo la ley se limitó á dar una orden general, dando las gracias á todos aquellos patriotas que voluntariamente se afiliaron en la de-

fensa de los principios liberales y quienes podían volver á sus hogares y dedicarse á sus trabajos habituales, que tenían antes de la guerra.

La recompensa era dura, pero necesaria para las circunstancias económicas por las que atravezaba el país.

Aquellos que habían sido trabajadores de las haciendas del Estado de Morelos,—3er. Distrito de México entonces— no se conformaron con volver á sus primitivas ocupaciones; se habían acostumbrado á la vida agitada del guerrillero, habían cobrado amor á las buenas armas, al buen caballo y á los latrocinios revolucionarios y en consecuencia, muchos de ellos quedaron en armas con sus respectivos jefes á la cabeza, dedicándose al bandidaje.

Lo mismo ha pasado ahora con los llamados Zapatistas en el mismo Estado de Morelos, sin embargo de que el Gobierno les dió dinero por que se pusieran en paz, y fué á suplírcelos el mismo Sr. Madero.

Aquellos, habían sido trabajadores honrados antes de ser revolucionarios, mientras que la mayor parte de los Zapatistas, son criminales excarcelados, exentos de todo sentimiento noble, de bandidos valientes. Aquellos, respetaban altamente á sus Jefes; había garantías, relativamente, en medio de aquel caos; bastaba un pequeño servicio hecho á cualquiera de aquellos bandidos, para que los jefes diesen un salvo conducto al benefactor y ordenara á todos los cabecillas el respeto á su persona é intereses. Aquellos, robaban, plagiaban y mataban cuando lo exigía su defensa personal; los zapatistas ó bandidos de ahora, no respetan á jefe ninguno; asesinan sin piedad á gente indefensa; roban y destruyen lo que no se pueden llevar; y lo que es peor, incendian y vuelan con dinamita las habitaciones de pacíficos ciudadanos. Si aquellos fueron leones, estos son chacales; si aque-

llos fueron bandidos estos son cañes salvajes, y la vergüenza para México en pleno siglo XX.

Sin embargo de que aquellos tenían muchos jefes, pues eran muchas las gavillas de ellos y se llegaban á reunir hasta mil hombres, todos respetaban y temían al famoso y temerario Salomé Placencia, quien como guerrillero, y en la toma de Cuautla el 8 de Junio de 1860, á las 5 p. m., por las fuerzas liberales fué el primero que con un grupo de quince de los suyos, asaltó las trincheras de la calle real, sobre los disparos de la artillería y entre una nube de fuego y balas que los quería contener. Se tomó la ciudad en esa hora. Las caballerías lo arrollaron todo, perecieron los jefes reaccionarios que la defendían; salvándose solamente el Coronel D. Francisco Lémus á "uña de caballo," con unos pocos de los suyos y gracias á la confusión y á su valor temerario también.

Después de Salomé Placencia, que era el más audaz, el más noble y el más orrojado, seguían en segundo orden otros muchos, como José Mondragón; Felipe el Zarco y Severo su hermano, Epifanio Portillo, Silvestre Rojas, Pablo Rodríguez, Juan Pliego (a) "Joyaipa," Pantaleón Cerezo, Epitacio Vivas, Juan Perna (a) "El Chintete," etc. Por la Sierra Fria, merodeaban Francisco Villa, Ignacio Rodríguez (a) "El Mosco" y otros más; pero todos sin excepción, temían y respetaban como jefe supremo á Salomé Placencia. Mucho había de valer este hombre entre tanto desalmado, entre bandidos tan terribles, para temerlo y respetarlo!

El bandidaje imperó, pues, en el Estado de Morelos, (extendiendo sus depredaciones á los Estados de Veracruz, de Puebla y de Guerrero), después del licenciamiento de las fuerzas auxiliares liberales, en 1861.

Veremos en el curso de esta obrita todo aquello de que

eran capaces esos hombres terribles. Sus costumbres, sus hazañas, sus amores y sus venganzas.

CAPITULO I.

El Debut de un bandido.

LA plaza de Yautepec ha sido siempre de importancia mercantil en el Estado de Morelos. Concurren á ella de todos los contornos y haciendas á verificar sus compras y ventas, y vienen también, hasta de muy lejos, á realizar sus mercancías y proveerse de cuanto les es necesario.

Una tarde de Marzo de 1859 cinco comerciantes ganaderos del Sur, habían realizado á buen precio una gran partida de reses procedentes de Iguala, y se regresaban contentos á su rumbo, ajenos de todo peligro de robo en el camino, pues todavía no se alteraban por completo la seguridad y garantías de los viajeros. Llevaban nuestros caminantes tres mil pesos, producto de la venta de su ganado; montaban regulares caballos, y por precaución, iban perfectamente bien armados siguiendo el camino que conduce á Tlaltizapan y que pasa por Xochimancas, Ticuman y Barreto.

Acababan de pasar una barranquilla, y al llegar á una pequeña meseta del terreno, vieron á su derecha á un hombre á caballo, que á distancia de doscientos metros; corría por la falda del cerro poniente, entre los breñales, y paralelamente al camino que llevaban nuestros comerciantes, como si tratase de ganarles distancia, sobre el mismo derrotero que seguían.

No les llamó la atención aquel ginete, que tenía todo el aspecto de un ranchero ó vaquero de las haciendas cercanas;

tanto más, cuanto que aquel hombre llevaba una reata en la mano, como el que persigue una res en el campo con intención de darle alcance y lazarla. Llevaba, sin embargo una especie de escopeta colgada á la espalda, cuyo detalle, hizo que uno de los viajeros dijera:—Ese amigo, vaquero, ha de ser muy afecto á los conejos, pues no larga la escopeta ni para lazar á los toros.

—Quien sabe si sea un mañoso, que va á dar el soplo de que vamos aquí con dinerito,—replicó otro,—y mas lejos nos salgan, pues toda la gente de este rumbo, son ladrones.

¡Qué!—agregó un tercero,—con desprecio, necesitaban juntarse unos diez por lo menos; vamos bien montados y armados, y es difícil que tan cerca de Yautepec, nos salieran.

Otro de los comerciantes, añadió:—Sobre todo, el dinero lo hemos recibido en la noche, y dentro de casa, nadie nos ha visto en la calle con él, para despertarles la codicia.

El quinto viajero, terminó diciendo:—No hay que fiar! toda esta gente, de veras es mala y atrevida, y debemos ir prevenidos con nuestras armas; de Tlaltizapan para adelante, ya nos vamos seguros.

Durante esta corta conversación de aquellos ganaderos, el hombre que corría por la falda del cerro se perdía en las sinuosidades del terreno, llevándoles ya alguna ventaja.

Caminaron tranquilamente durante algún tiempo, cuando vieron de cerca, que venía encontrándolos, y montado en brioso caballo, con la escopeta en las manos, el hombre aquel á quien creían un vaquero. Los viajeros vacilaban en creer que un hombre solo iba á atacarlos. Llega el hombre cerca de ellos, y al grito de "¡alto!" les apunta, y se oye el golpe seco del martillo de su arma, la que no había disparado, es decir, le había "mentado." Arrienda violento su caballo, da media vuelta, y corre en dirección al monte.

Tan imprevisto y rápido había sido aquel falso ataque, que no tuvieron tiempo aquellos caminantes de sacar sus armas, sino hasta el momento que lo vieron huír rumbo al cerro. Lo siguieron entonces disparándole unos cuantos tiros, y volvieron á emprender su camino luego que se les perdió en el bosque.

Parece que aquel atrevido se preocupaba más de componer su arma, que de los balazos que le tiraban, pues corría inclinado sobre la escopeta, tratando de componerla. No era en efecto una escopeta, sino una "tercerola" de chispa, á la que se le había aflojado el pedernal, y aquel hombre, llevaba también en la cintura dos pistolas, de las llamadas entonces "americanas," de un solo tiro.

Los ganaderos quedaron asombrados de la audacia y atrevimiento de aquel hombre.

Debe ser un loco—decían—cuando se atreve á salirnos solo y con una escopeta vieja nos ataca. Sin embargo, puede reunir á otros, y debemos ir con las armas en la mano, hasta que lleguemos á Ticumán. Siguiéron, prevenidos en dicha actitud, y viendo atentamente á uno y otro lado del camino.

Después de andar un cuarto de hora más, llegaron al rancho de San Felipe, en que el camino atravezaba entonces por unos corrales de piedra y palos, con sus trancas respectivas, ó entradas. Estaba en esos días, abandonado, pues en esos parajes, solo en la época de lluvias van ahí á ordeñar unas cuantas vacas.

Apenas acababan de entrar en los corrales de aquel rancho, cuando una terrible detonación les ensordece, y cae mortalmente herido uno de aquellos comerciantes, que iba el primero, y ven saltar sobre ellos, salvando la cerca de piedra, al hombre aquel, que hace pocos minutos les había dado el falso ataque y se había escondido en el monte. Aun-

que la sorpresa fué grande, todos á la vez le dispararon sus armas, pero la puntería falla con el susto y nadie le hiere. El hombre aquel, con movimientos rápidos, en su brioso caballo, se confunde entre ellos, vuelve á disparar, y cae bañado en sangre otro comerciante; arroja por el suelo la "tercerola" ó escopeta de chispa, y un tercer disparo con la segunda pistola americana, mata á otro viajero; evoluciona en el caballo como un relámpago; saca violento un filoso machete y carga sobre los últimos dos que ya huyen; pero la tranca de salida está puesta, les da alcance descargándoles terribles machetazos en la cabeza y en la espalda, y caen también de sus caballos, que corren azorados dentro de aquel corral.

Aquel bandido, sin cuidarse de que los heridos vivan ó hayan muerto, se baja tranquilamente de su caballo, lo ata en un palo de la cerca, y comienza á cojer los caballos de los comerciantes uno por uno, y á desatarles de la grupa los enrollados zarapes, dentro de los cuales llevaban las bolsas de dinero bien repletas de pesos fuertes.

Una vez que las tuvo todas, hizo cuidadosamente dos vultos, pues serían más de tres mil pesos; echó una ojeada á los caballos, eligió uno, y le cargó sobre la silla el botín aquel de su pillaje, no sin agregarle las armas de aquellos hombres, que yacían inmóviles.

Montó en su caballo, cruzó una pierna sobre la silla, y se puso á cargar pacientemente su escopeta y sus pistolas. Se alejó por fin de aquel lugar, tirando del cubrestante al caballo en que había cargado su botín, y diciendo al pasar junto de aquellos heridos ó muertos: "Me llevo un caballo si alguno de Uds. vive, reclámeselo á Salomé Placencia."

En efecto, aquel había sido el autor de tan sangrienta hazaña. Cuatro horas más tarde se presentaban las autoridades de Yautepec en el lugar de los sucesos, pues no faltó

quien diera aviso. Habían muerto cuatro de aquellos ganaderos, y el quinto, aunque herido gravemente, pudo relatar detalladamente lo sucedido, tal como lo referimos, dudando creer las autoridades tanta audacia y atrevimiento, de aquel Salomé, cuyas señas precisas dió el herido, repitiendo además las palabras que aquel dijera al alejarse.

Este fué el primer robo, el primer asalto que tuvo resonancia en el rumbo, y el primero que cometía aquel hombre, que fué más tarde el asombro entre sus mismos compañeros y el terror del Estado de Morelos.

Salomé Placencia era oriundo de Yautepec, de compleción robusta, alto, fornido, color blanco ó güero, y lampiño completamente; vestía sencillamente en comparación de sus demás compañeros y subalternos: camisa de bretaña de pechera bordada y aplanchada con muchas tablitas; calzonera de paño azul y botas de campana, dentro de las que siempre cargaba un par de puñales; usaba sombrero de lana, sin adornos de los llamados "alemanes." No lo inclinaba la miseria al robo, pues era hombre de recursos pecuniarios; era de buena familia, y estaba emparentado con la mejor sociedad de Yautepec. Aunque era sonoro el timbre de su voz, hablaba socarronamente, con ese acento de los que llamamos "payos." Sin embargo de su estatura, casi gigantesca, tenía una agilidad asombrosa, y corría á pié con la velocidad de un caballo. Diestro en el manejo de las armas, era terrible, montado en los muy briosos caballos que usaba. Lazaba, picaba, banderilleaba y capoteaba admirablemente, los más bravos toros, tanto á pié como á caballo.

Sus demás compañeros y subalternos hacían lo mismo, aunque con menos arrojo y maestría; pero todos eran unos centauros, en la agilidad asombrosa de ginetes consumados. Con excepción de Salomé Placencia, quien ya dijimos que

vestía sencillamente, de simple camisa y calzonera, todos los demás, se prodigaban un lujo escandaloso en la confección de sus trajes de charro.

Usaban pantaloneras de fino paño, con tres, cuatro y cinco vistas de abotonaduras caprichosas de plata, chaquetas bordadas con hilo de oro, y cuajados también de grandes botones y colgajos de plata maciza y flecos de galón; los sombreros cubiertos casi de galones de oro y plata; espuelas de plata; muchos de ellos; las sillas de montar, plateadas también completamente, con vaquerillos bordados de plata. Un derroche hacían de este metal, pues hasta en los estribos la usaban en grandes chapetones, así como en las cabezadas. No faltó quien le mandara poner á su caballo favorito, herraduras de plata. Cada bandido de aquellos, el menos lujoso en su vestimenta de charro, y montado á caballo, podía tener en todos sus arreos, un valor de mil pesos. Este uso escandaloso de la plata por aquellos hombres, les trajo el nombre de "Plateados"

¡Que contraste! Los bandidos de ahora se distinguen, porque visten y montan desarrapadamente, como unos pordioseros.

CAPITULO II.

Un Rapto por cuenta ajena, que aprovecha el raptor.

Uivía en el real de la Hacienda de Oacalco una bellísima joven que llevaba el nombre de Homobona Merelo. Con taba, apenas, unos diez y siete años. Era alta, esbelta y flexible como las palmas del desierto; rubia como las vírgenes